

ria, es decir, egoísmo y altruismo), en estado primitivo, trabajados ambos y pulimentados por la razón, produjeron de un modo progresivo, al cabo de largas generaciones, en el alambique de los siglos, el código moral de la humanidad.

Creeríamos estar leyendo nuevas ediciones, corregidas y aumentadas, de *La ley natural ó del catecismo del ciudadano francés*, de Volney; ó del *Sistema de la naturaleza*, de D'Holbach; ó del *Sueño de D'Alembert*, por Diderot; ó del *Catecismo universal*, de Saint-Lambert; ó de los innumerables escritos de Lamettrie, Helvecio, Lande, Condorcet, etc. ¡Y tales teorías se dicen novísimas! ¡Y nos las presentan como la última palabra de la ciencia! ¡Y sus pontífices máximos declaran que con ellas el cristianismo ha muerto, compadeciéndonos á los cristianos, que aún tenemos la avilantez de no creer en tales dogmas que nos quieren imponer!

Por muchos conceptos es repugnante el materialismo: sus malféficas doctrinas degradan y envilecen, secan el corazón y corrompen el entendimiento; pero la insolente soberbia de sus sectarios causa aún mayor indignación que la perversidad de sus doctrinas. Cuando creen haber demostrado cumplidamente que no son más que bestias, se muestran tan insolentes y altaneros como si hubieran probado que son dioses.



TEMORES Y ESPERANZAS RESPECTO DE LAS SOCIEDADES MODERNAS

TEMORES



ENTRE la organización del Estado en los pueblos antiguos y la constitución de las sociedades que, bajo la inspiración cristiana, surgieron de las ruinas del imperio romano, média un abismo. La desaparición de la esclavitud, el ennoblecimiento de la mujer, la santificación de la familia, la regeneración del hombre en el órden espiritual como en el órden social, el respeto de los derechos de la persona humana, costumbres más suaves, todos los principios, en fin, de incomparable caridad y sabiduría que contiene el Evangelio, constituyen ahora la base fundamental de nuestras sociedades. La Iglesia ha sido el alma de esta trasformación portentosa. Pero uno de los hechos más admirables y fecundos en la organización de los pueblos cristianos es la constitución de un poder espiritual, separado é independiente del poder temporal. El mundo antiguo no conoció en la constitución de los poderes públicos un freno moderador que pueda compararse con esta autoridad, puramente moral, que en las sociedades cristianas enfrena donde quiera la tiranía del Estado, dulcifica siempre los poderes temporales, y ha llegado alguna vez á dominarlos por completo.

Este nuevo elemento bastaría por sí solo para establecer distinción capital entre las sociedades cristianas y las demás. Pero no es el único, ni con mucho, de los beneficios inapreciables que debemos al Evangelio. El cristianismo representa, en efecto, una revolución trascendental y completa en todos los principios que servían de base al mundo antiguo. Natural era, por tanto, que las sociedades paganas, al tener noticia de la aparición de la nueva doctrina, se estremecieran como bajo el peso de una sentencia de muerte. Sintiéndonse conmovida en sus más profundos cimientos,

aquella sociedad, al verse atacada de frente por el culto de un Dios que desconocía, hizo esfuerzos supremos para ahogar la nascente Iglesia. No rehuyó medio con tal de conseguirlo: la filosofía quiso dar entonces nueva vida á los ídolos espiritualizando sus símbolos; los césares dictaron leyes de persecucion y exterminio; las muchedumbres se estremecieron de alegría en el circo contemplando matanzas de cristianos. Fué todo en balde: ni el poder imperial, ni la filosofía puesta al servicio de las tradiciones seculares, ni los furios de las muchedumbres, pudieron triunfar. Al cabo de crueles siglos de lucha, el cristianismo dispersó las escuelas filosóficas, derrumbó los ídolos de sus pedestales, prosternó á las muchedumbres al pié de la cruz, y despojó al César de los atributos del pontífice.

Pero, á pesar de haber sido entonces completo su triunfo, la Iglesia no ha cesado, sin embargo, de padecer horribles tormentos. Jamás han conocido los hombres institucion más violentamente impugnada, ni sujeta á tan pavorosas tempestades, y tantas veces amenazada de total ruina. Diez y nueve siglos de duracion lleva la Iglesia; y han sido para ella diez y nueve siglos de porfiada contienda con los enemigos más implacables, que no cesaron de rodearla de los mayores peligros. Recibió promesa de que habia de durar hasta la consumacion de los siglos, á pesar de todas las fúrias infernales, y nunca se vió promesa mejor y más solemnemente cumplida.

«Desde el día en que se pronunció en Judea la solemne promesa, exclamaba aún antes que Ranke y Macaulay otro racionalista insigne, la bárbarie, el cisma, la reforma, se arrojaron sucesivamente, con la tea y el hacha en la mano, contra la sede ocupada por el mismo apóstol á través de mil generaciones. Roma, la ciudad eterna en los tiempos modernos, como lo era en la edad antigua, se vió alternativamente tomada de asalto, saqueada, asolada y abandonada por todos los azotes venidos de Oriente y Occidente. Aún no hace tres siglos, lazquetetes ébrios, acaudillados por un renegado, entraron allí á nombre de Lutero. Hace treinta años, un emperador, soberano de ese apóstol por derecho de conquista, enviaba á la ciudad un prefecto, como lo hicieron los emperadores de Constantinopla en los primeros días del pontificado..... En vano quisiéramos apartar la vista de esta portentosa perpetuidad.

Nosotros, que llegamos á la vida despues de las mayores persecuciones que Roma ha padecido desde la era de los mártires, tenemos que reconocer que se cumple la solemne promesa en el trascurso de los siglos..... La ambicion del filosofismo fué destruir al pontificado, porque comprendió que en él estaba el corazon y la cabeza del cuerpo católico, y que, si el catolicismo podia morir, no era sino hiriéndole en el corazon y en la cabeza..... Estalló, pues, la revolucion, trayendo consigo esa consigna; apuntó al corazon y arrastró al papa al destierro, y allí le hizo morir. Sucedió otro papa, y la cadena de perpetuidad no pudo hacerse pedazos en nuestros días, como tampoco se quebrantó en las circunstancias más críticas para el catolicismo. El filosofismo cumplió ahora su tiempo. Los destructores duermen en la tumba de lo pasado, al lado de Lutero y de la Enciclopedia, de la república y del imperio. Pero Roma permanece siempre en pié, y en este centro de la cristiandad, desgarrado por los estragos de la incredulidad y de la indiferencia, hay un papa, como lo habia en tiempo de Neron, cuando el cristianismo nascente se veia desgarrado en el circo por las fieras.

«En torno de esta continuidad milagrosa se ha mudado tres veces la faz de Europa; desapareció la antigüedad, y la Edad Media ha muerto. Tres imperios, el de Cárlo-Magno, Cárlos V y Napoleon, se levantaron y desaparecieron. Florecieron naciones que ahora ya no existen. Se descubrió un nuevo mundo, para que en él dilataran su dominacion el poder temporal y el poder espiritual; pero sólo éste último ha conservado allí su dominio. Todo cumplió su tiempo; ideas, pueblos, imperios. Sólo Roma permaneció en pié; sólo el papa sobrevivió. Hay en este hecho, no temamos repetirlo, algo que bien merece meditarse.

«Pero vivimos en un tiempo en que se ha inventado, para el uso de los partidos, una dialéctica hábil, que cierta á negar la evidencia. Los viejos rencores contra Roma no se han extinguido todavía en nuestro corazon. Nuestros padres creyeron haber regenerado al mundo, y nosotros, sus hijos, haciéndonos solidarios de aquellas ilusiones de grandeza, no queremos aceptar una idea que ensalza al catolicismo á espensas de aquella gloria ilusoria de la revolucion, en que teníamos puesta nuestra vanidad. No queremos admitir que el pontificado, desde su inexpugnable altura, haya

contemplado con miradas llenas de tierna conmiseracion, y con la entera certeza de las promesas divinas, nuestras terribles rebeliones, nuestros dolorosos alumbramientos, los incendios que hemos producido por todos los rincones de la tierra, la sangre vertida hasta estremecer el corazon, y ese estruendo, en fin, de imperios y reyes caidos, que llena el ánimo de pavor. No podemos admitir que el pontificado haya presenciado todos esos cataclismos, como el marino experimentado que contempla desde la playa la lucha de los elementos, seguro por las señales que ha visto en el cielo que mañana habrá cesado tan espantoso estruendo; y que el Océano desbordado volverá á entrar en el abismo.

No deben extrañar estos cuadros, trazados por mano racionalista con tanto vigor como pudiera tener la pluma de un apolo-gista cristiano; porque, áun sin ser creyente, para todo ingenio perspicaz será objeto de perpétuo asombro la duracion de esa institucion, que permanece inmovible sobre sus eternos cimientos cuando todo á su alrededor se desquicia y muere. El hombre más indiferente ó escéptico en materia de religion, con tal que tenga algun entendimiento para leer con fruto la historia, se llenará de admiracion al ver ahora, como hace veinte siglos, á la barquilla insumergible, dirigida por el mismo piloto, bogando entre mares procelosos hácia su misterioso destino; y cuando, despues de haber asistido á los más terribles desquiciamientos, comprenda tambien que nada subsiste hoy en Europa y en el mundo, que juzgando por los simples cálculos de la prevision humana, se encuentre ahora con tanta vida y lozanía como esta Iglesia, declarará ingénuamente que, despues de las tempestades que ha sabido dominar, no se concibe cuáles son las catástrofes que pudieran ocurrir en lo venidero para conseguir la ruina de esa institucion, probada ya contra los cataclismos más espantosos.

Mas estas fianzas de eterna duracion que reúne el pontificado romano no impiden que puedan sobrevenir para la cristiandad desquiciamientos de tal índole, que en ellos sucumban algunas naciones cristianas. Ni se ha de negar tampoco que la crisis actual es una de las más graves que se han desatado sobre la Iglesia, y uno de los peligros mayores de disolucion que puedan tener los pueblos cristianos. Á un tiempo se ve destrozada en su constitucion externa, oprimida en la libertad é independencia de su jerar-

quia y de sus relaciones con los poderes temporales, é impugnados tambien sus dogmas á nombre de la razon y de la ciencia. En el antiguo, como en el nuevo mundo; entre las naciones slavas; germánicas y anglo-sajonas, como entre las razas latinas; en los pueblos católicos, tanto como entre los cismáticos; la jerarquia católica tropieza con poderes recelosos y hostiles, que le disputan los fueros más esenciales de su independencia.

Contra el cristianismo se levantan, no sólo los sábios y filósofos, los que ejercen el principado en la esfera del pensamiento, sino tambien los partidos políticos y las supremas potestades de la tierra: así las que llevan la voz de democracias alborotadas y turbulentas, como muchas de las que representan á las viejas monarquías ungidas con óleo santo. Y es que no han conocido los siglos seductora mayor ni más peligrosa que esta revolucion. Incita y halaga en todos las pasiones que más poderoso influjo ejercen en el corazon humano. En el órden intelectual halaga nuestra soberbia, prescindiendo de toda autoridad y experiencia. Llena de confianza en la omnipotencia de la razon humana, proclama en filosofia á la razon como único criterio de certeza, y no admite por fundamento social más que unos cuantos principios metafísicos, sentados por la razon pura, acerca de la perfeccion y bondad originaria del hombre abstracto, y de la libertad, igualdad y soberanía natural; la pura teoria y el razonamiento *à priori* son el cimiento de las instituciones que levanta. Para no humillar á nuestra razon, hace olvidar á los hombres que, en materia de doctrina política y constitucion de los organismos sociales, todo aquello que á primera vista nos suele aparecer como evidente é incuestionable, y casi como un axioma de sentido comun, generalmente resulta luego, cuando lo va á probar la experiencia, no sólo falso, sino tambien funesto. Esa revolucion en el órden social y político, á título de libertad y emancipacion, sanciona las licencias del hijo contra su padre, del cliente contra su patrono, de la plebe contra las aristocracias, de los pueblos contra sus gobiernos, de los gobiernos contra la Iglesia. Á las muchedumbres les promete bienestar é igualdad, á los poderes temporales suprema independencia, á las naciones prosperidad y libertad, y á las pasiones del individuo la libra del freno religioso de la conciencia. Todo lo que pueda, en fin, sonreír á los hombres, clases, poderes y pue-

blos, la revolucion lo lisonjea á un tiempo. Así es que no ha habido clase ni jerarquía que no se dejara seducir; lo fueron primero las clases altas del antiguo régimen contra la Iglesia y el gobierno; despues la clase media contra las clases altas y todas las instituciones del antiguo régimen; y ahora las muchedumbres, seducidas por ella, se declaran en rebelion contra la clase media. La Iglesia, desde el primer día, se puso frente á frente de la gran corruptora de nuestro tiempo; anunció que, en vez de ser emancipadora y salvadora, esa revolucion producía ó agravaba en nuestras sociedades todos los males que pretendía curar. Pero, por esta protesta, contra la Iglesia se encendieron al instante todas las iras; pueblos, gobiernos, clases sociales, se declararon emancipados de la autoridad espiritual, conjurándose para destruir el orden cristiano, y suprimir sus dogmas como innecesarios para las instituciones.

Pero si graves son los problemas que en el día se agitan en el orden político con el nombre de relaciones entre la Iglesia y el Estado, no ménos amenazadoras son las invasiones de la incredulidad en el terreno dogmático. La revolucion, en efecto, no se reduce á una doctrina política; además de principios políticos anárquicos, encierra una doctrina social subversiva, que coloca á la voluntad nacional omnipotente por cima de toda ley moral y de todo fundamento de justicia, y una doctrina religiosa y filosófica contraria á todo principio sobrenatural. En religion profesa el ateísmo ó el culto de la humanidad, ó á lo sumo el deísmo por compromiso doctrinario. En filosofia, un racionalismo que sanciona y justifica el materialismo y el positivismo. Se dirige á un tiempo á todo el hombre y á toda la vida social. Pretende constituir á los pueblos prescindiendo de los dogmas y de todas las tradiciones morales que forman la base de la sociedad. Su propósito es destruir la antigua sociedad, edificada sobre el principio cristiano, para levantar en su lugar otra, edificada únicamente sobre doctrinas metafísicas acerca de la naturaleza humana. Es un vasto sistema de perversion, aplicado al hombre y á todos los fines é instituciones que interesan á la vida humana: á la familia, á la sociedad, al gobierno, á la filosofia, á la ciencia, y principalmente á la religion. Es, en fin, una conspiracion universal para una obra que se apellida emancipadora y salvadora, pero que, pretendiendo

organizar las naciones sobre principios radicalmente opuestos á la existencia de una sociedad, se reduce, en suma, á la obra de destruccion más espantosa que se ha conocido.

Esta lucha ardiente é implacable, que en todas partes se manifiesta con horribles convulsiones, ha entreabierto pavorosos abismos, y por donde quiera amenaza á los pueblos con catástrofes aún mayores. La sociedad, así sacudida en sus cimientos, se siente ahora como desquiciada y á punto de perecer. En medio de sus tribulaciones quisiera refugiarse en el templo; pero en torno del santuario es donde rugen con mayor frenesí las furias revolucionarias. Encuentra allí á la mitad de la naturaleza humana puesta en rebelion contra su otra mitad, la razón impugnando á la fé, la impiedad ahogando á la conciencia; y sintiendo que se ha convertido en gérmen de las mayores discordias el lazo que más debiera unir á los hombres, la sociedad se estremece como si entrara en la hora de la agonía.

Mal puede, en efecto, el cuerpo social permanecer tranquilo cuando la religion, que es como su alma y el principio fundamental de su existencia, está conturbada. Las controversias religiosas conmueven demasiado profundamente á los pueblos para no convertirse en guerras y disturbios políticos, y engendrar á la postre horrendas catástrofes.

De esta anarquía moral, que produce en los ánimos el problema religioso, proviene, á no dudar, que aparezcan ahora como insolubles la mayor parte de los demás graves problemas que turban á nuestra edad.

Nuestro siglo ha traído de nuevo al palenque de las pasiones de los partidos, quizás con más furia que en ninguna otra época, el problema de las libertades políticas; pero no acertó á resolverlo sino con alternativas de anarquía y despotismo. Los partidos que se disputan ahora el gobierno tienen todos los caracteres anárquicos de esta época trastornada: ó son revolucionarios vociferadores de repúblicas y democracias universales, que, no comprendiendo que lo presente y lo porvenir son inseparables de lo pasado, se proponen constituir de nuevo á los pueblos y enmendar el mundo, y repartir á su arbitrio los bienes y honras de esta vida, porque les parece que va todo muy errado y las cosas no están bien repartidas ni en armonía con la teoría democrática; ó son partida-

rios recalitrantes del antiguo régimen, que consideran las formas de gobierno inmutables como los dogmas; ó conservadores, que no saben conservar sino los elementos de ponzoña y destrucción para el cuerpo social.

Nuestro siglo ha traído también las cuestiones económicas al terreno de las luchas sociales. Pero en lugar de resolver alguno de los complejos problemas de la ciencia económica, no ha conseguido sino congregarse y poner en pié de guerra, en medio de las sociedades europeas, á las muchedumbres del socialismo, y colocarnos con ellas bajo la constante amenaza de una nueva invasión de bárbaros. Ninguna época ha presentado más espantable el problema siniestro de la miseria; en ninguna época el pleito viejo y la antigua querrela entre pobres y ricos, nacida con los primeros hombres, se descubrió tan imponente como en nuestros días.

Nuestro siglo empezó á vivir entonando himnos á la libertad y á la fraternidad de los pueblos, y al triunfo del derecho sobre la fuerza; en medio de las más espantosas revueltas, nunca ha cesado de fantasear los mismos idilios y soñar con proyectos filosóficos de paz perpétua, supresión del derecho de conquista y abolición de la fuerza para resolver las discordias humanas. Pero jamás se conoció siglo en que con tanta frecuencia la fuerza causara estado; ni siglo de más innumerables ejércitos y horribles y potentes elementos de destrucción, ni de guerras más frecuentes y sangrientas, ni más despreciador de los derechos de las nacionalidades, ni que con más violencia aplicara á los imperios vencidos las crueldades de la guerra y las leyes de la conquista; ni siglo, en fin, en que el militarismo prepotente demostrara con mayor elocuencia el imperio absoluto de la fuerza.

Y esta centuria, promotora de tan pavorosos problemas sociales, toca ahora á su fin, agitando todavía convulsa y sin solución ninguna en medio de las terribles tempestades que desata sin cesar.

Es, en efecto, insoluble la discordia mientras no reciba solución el problema más grave que agita á nuestra edad: el problema religioso. En el fondo de las sociedades modernas hay dos tendencias inconciliables, que se hacen guerra implacable, y cuya lucha es la causa primera de los sacudimientos que padecen las generaciones actuales. De un lado está la tendencia religiosa, cristiana,

hija del Evangelio, encarnada en nuestras sociedades por los esfuerzos de la Iglesia durante diez y nueve siglos, é inseparable ya de nuestra vida social, por más que digan ó hagan sus enemigos. Pugna en sentido contrario el espíritu impío, anticristiano, hijo de la incredulidad y del racionalismo, que más de cien años de propaganda y violencias revolucionarias han infiltrado también en el entendimiento y en las costumbres como en los organismos sociales y políticos de los tiempos contemporáneos. Mientras estos dos adversarios estén uno frente á otro, la lucha no puede cesar; enemigos irreconciliables, entre ellos no cabe ni paz, ni convenio, ni tregua, sino guerra implacable y de exterminio. La Iglesia no patrocina ninguna escuela política, ni es campeón de ninguna forma determinada de gobierno, siendo sabido que dentro de su seno caben muchas políticas; otra más alta es su misión. Por eso se ha avenido con cualquier forma de gobierno que ha encontrado á su paso por la tierra, fueran monarquías feudales, monarquías absolutas, imperios ó repúblicas aristocráticas ó democráticas. Para estrechar alianzas con ellas no les ha puesto otra condición que el respeto á la justicia. Y no es esto decir que se muestre del todo indiferente con respecto al gobierno de la república, ni influya de ninguna manera en la vida política. Sabido es que la teoría social enseñada por sus mayores doctores es la más sabia y profunda de cuantas han ideado los hombres para aminorar los derechos y libertades de los súbditos; y á la inspiración cristiana debemos no pocas instituciones admirables del buen gobierno temporal. Pero en la vida social, sea cual sea la constitución de la soberanía temporal que encuentre, la Iglesia la respeta siempre, con tal que no mande el César lo que el pontífice tiene que negar. Mas si se acomoda con toda forma de gobierno, la Iglesia no se reconciliará jamás con esta mezcla de racionalismo, impiedad y pasiones anticristianas que constituyen el liberalismo moderno. Ambos elementos contrarios se tropiezan de frente en un terreno común, y acentuándose de día en día su antagonismo de un modo más enérgico, la lucha toma cada vez proporciones más imponentes. El problema es hoy más grave, y complejo que nunca; hasta los más profanos en estas materias comprenden su trascendencia y universalidad.

En presencia de las tremendas peripecias y pavorosas alternati-

vas de este gran drama histórico de nuestra edad, no faltan conciencias alarmadas que se preguntan con profunda angustia cómo han de acabar estos formidables conflictos; cuál ha de ser el desenlace de tales escenas de confusión y violencia; cuál de los dos campeones ha de triunfar. Vana ilusión; sin embargo, la de quien se imagine que la potestad espiritual y el culto han de sucumbir; con leer unas pocas páginas de historia pronto se adquiere el convencimiento de que son instituciones indestructibles. Al liberalismo es á quien corresponde despojarse de sus tendencias anticristianas y quemar sus ídolos para hacerse cristiano y convertirse en partido de verdadera libertad. Resuelta esta cuestión fundamental, las demás, ó quedarían también en el acto resueltas, ó se despojarían, cuando ménos, del aspecto de violencia y de amenaza de siniestras catástrofes que ahora revisten. Gran necesidad tiene la sociedad moderna de que el soplo bienhechor del cristianismo venga cuanto antes á calmar las tormentas de odio y discordia que en ella se desatan.

Entre tanto, ¿cómo no ha de verse la sociedad fuera de su asiento en medio de la espantosa turbación que reina en el mundo moral? Sucesos graves ha presenciado nuestra edad. Desde los siglos IV y V la sociedad europea no había padecido tan espantosas conmociones como las que hoy desquician á las naciones cristianas. Hemos visto desmoronarse imperios seculares y crearse nacionalidades nuevas; hundirse los tronos de antiguas y novísimas dinastías; y á las repúblicas improvisadas por levantamientos populares las vimos en la misma hora caer también como heridas del rayo. Con más furia que nunca, al Norte y al Sur, en Oriente como en Occidente, se desató la lucha de razas y de ideas; y como en los propios tiempos de los bárbaros, asoló á hierro y fuego todas las regiones de Europa. Ejércitos formidables, que, por sus masas, más que ejércitos parecían pueblos armados y puestos en pie de guerra, no para disputarse la supremacía en los campos de batalla, sino para procurar el exterminio de una nación por otra, han sido los encargados de resolver por la fuerza las más graves cuestiones europeas. Vimos una y otra vez destrozado el poder temporal de los papas, y al soberano pontífice; clave de la constitución cristiana, fugitivo de sus Estados ó prisionero en ellos. En nuestra edad, en fin, el socialismo triunfante prodajo, después de

diez y nueve siglos de cristianismo, en el seno de Europa, los estragos de las feroces hordas de Genserico y Atila. Antiguas y nobles naciones cayeron precipitadas en tal desquiciamiento, que parecía como que entraban de nuevo en siglos de barbarie, para desmembrarse y deshacerse, y volver al estado de tribus sin disciplina. Y ante tales explosiones de barbarie, los reyes pusieron más afan en devorarse unos á otros y arrancarse mutuamente las insignias de la majestad real, que en hacer frente al enemigo común de la demagogía. Pero, á pesar de todas estas catástrofes, hay cierto orden de cuestiones, á las cuales se va dando nombre de *problemas sociales*, que deben preocupar con preferencia al hombre de Estado, é infundirle espanto mayor que los temerosos acontecimientos que en el orden de los hechos se suceden.

Entre estos problemas sociales ocupa el primer lugar el problema religioso. De él principalmente proviene el aterrador aspecto de los trastornos que afligen á nuestra edad. Ningun hombre de Estado, ningun hombre de sano juicio, deja de tener el íntimo convencimiento de que los males que aquejan á la sociedad contemporánea son principalmente terribles, porque revelan el caos que reina en el orden de las creencias religiosas, y que las tremendas explosiones que se suceden en el mundo de los hechos no son sino un anuncio de las catástrofes más horribles que pueden sobrevenir como consecuencia del desquiciamiento que se siente en la región de los principios. El orden moral está en ruinas. La ciencia ahora, en lugar de edificar, destruye; en lugar de unirse á la religión, para consolar y aliviar á las masas, se declara impía, y exalta á la plebe con propaganda de materialismo concupiscente. Los filósofos se han olvidado de que sin Dios no hay ciencia posible, y los legisladores no comprenden que sin religión, sin dogma de justicia suprema, sin la creencia de una vida futura, no hay tampoco gobierno posible. El mal se hace incurable, y seguirán entre tanto terribles los escarmientos mientras los hombres que en sus manos tienen la dirección de los pueblos no se persuadan de nuevo de que las grandes cuestiones sociales, los capitales problemas de la filosofía, de la ciencia y de la política, no los puede resolver la humanidad sino ante Dios y al pie del altar.

¿Quién no ve que son imposibles los derechos naturales ó individuales, como ahora se dice, en un país donde no hay creencias

religiosas? ¿A quién no le ha dicho la historia que un pueblo sin fé tiene que ser pueblo esclavo, y que las invocaciones á la libertad no pueden producir en sociedad semejante sino las tormentas del cesarismo y de la anarquía? ¿Quién no ve que, generalizada la creencia de que tras de esta vida no hay otra, que no hay justicia suprema, que no hay Dios, que el hombre, en fin, no tiene otro campo mejor para su actividad é inteligencia que la satisfacción de sus necesidades en la tierra, en vano se intentará contener el desenfreno insaciable de las turbas? Al hombre imbuido en tales doctrinas de impiedad; al hombre que cree que todo acaba con la muerte, y que el reino de los cielos no debe buscarse sino en la tierra, anhelando cada cual gozar y holgarse á costa de los demás, ponédle enfrente de las adversidades, angustias y miserias de la vida, y cuando está luchando contra la mala fortuna y la injusticia, las enfermedades y el hambre, y todas las aflicciones de la tierra, decide: «Resignate; no codicies los bienes ajenos; no tienes derecho á disfrutar de lo que otros disfrutan; sufre y padece, lucha y muere: esa es tu suerte y la de tus hijos». Y el proletario, sin esperanza ni resignación cristiana, se alzar á indignado contra la sentencia que le excluye de los goces de la vida y le condena á miseria invencible hasta que la muerte le reduzca á la nada. Dirá con razón: «¿Por qué nací para ver trabajo y dolor, y que se consuman en vergüenza mis días? ¡Maldito el día que nací! ¡Maldito el hombre que alegró á mi madre, diciéndole: ¡Te ha nacido un hijo! ¡Por qué no me hizo morir el destino desde que fui concebido, de suerte que el seno de mi madre fuera mi sepulcro?» Blasfemando así de su destino, y de su madre, y del día en que nació, y del mundo entero, y de las disciplinas sociales, antes de someterse á las tiranías egoístas de los demás hombres, convocará á los suyos al combate; se organizará en sociedades tenebrosas, que ligen al mundo entero con planes siniestros de venganza; concitará á las muchedumbres de la miseria á que hundan á la sociedad, á la patria, á la familia, en sangre y luto; y revolviéndose contra las leyes fatales de su destino, proclamará á la fuerza y á la concupiscencia como ley suprema de las cosas humanas. Y si fuese verdad que no hay Dios; si fuese verdad que no hay justicia suprema; si fuera un delirio que hay cielo, esas turbas desenfrenadas, que roban, matan, incendian y estupran para

vivir y gozar, tendrían razon: el derecho estaria de su parte, porque el derecho se reduciría, en tal caso, á una manifestacion de la fuerza; y ninguna razon, divina ni humana, se opondría á que ellos, que son los más y los más fuertes, reivindicasen su derecho de gozar y holgarse á costa de los demás mortales antes de volver al seno de la nada.

Estas nubes de tormenta que las sociedades contemporáneas han acumulado sobre la verdad religiosa son, pues, la causa principal de que los tiempos actuales se muestren tan revueltos. Para las generaciones del siglo presente, devoradas por la incredulidad, se ha hecho imposible el ejercicio tranquilo de los derechos naturales. Roto todo freno moral, perdida la fé y soltados los apetitos de la bestia humana, las muchedumbres, en medio de las aberraciones más monstruosas que en el mundo han podido imaginarse hasta hoy, se lanzan delirantes á la reivindicacion de lo que ellas llaman sus derechos, que no consisten en otra cosa sino en perseguir, con todos los estragos de la violencia, vanos y monstruosos ideales de una igualdad brutal. Por donde quiera se entreabren abismos y amenazan los peligros mayores que hayan corrido jamás las sociedades humanas. Enfrente de tanta indisciplina social se ha tenido que levantar un Estado omnipotente, armado de abrumadora tiranía. Á falta del freno religioso para dominar las pasiones del hombre, el cesarismo es ahora el encargado de devolver á la sociedad su disciplina.

Á pesar de todo esto es, no obstante, opinion comun entre los contemporáneos, que las naciones europeas progresan hoy á pasos ajigantados en las vías de la civilizacion y de la libertad. Con breve meditacion sobre nuestro estado social asaltan, sin embargo, al ánimo graves temores de que semejantes esperanzas carezcan de fundamento, y de que nuestra brillante civilizacion bien pueda terminar en época, tal vez no lejana, con la reaparicion de la barbarie en nuestro suelo; resolviéndose á la postre todas las ilusiones de fundar gobiernos libres en el despotismo más terrible y destructor que conocieron los hombres. Nada vemos hoy en Europa que anuncie la próxima fundacion de gobiernos libres; todos los indicios son, por el contrario, de que se está preparando en la mayor parte de las naciones un despotismo parecido al de los peores tiempos de la decadencia romana. Por todas las naciones se

está organizando un monstruo de tiranía, una máquina formidable de opresión, tirano abstracto, indefinido, invulnerable, que todo lo abarca y oprime con incontrastable omnipotencia. Esta máquina de tiranía la empezó á organizar el despotismo real; pero la revolución la ha perfeccionado con irresistible empuje, dándole en pocos años atribuciones de omnipotencia que no pudieron conseguir los césares en dos siglos de monarquía absoluta. Siguiendo la torpeza más detestable del antiguo régimen, continuando su obra de centralización administrativa, con el pretexto de la unidad nacional y de introducir un sistema de administración más sencillo y uniforme, la revolución ha hecho pedazos la división histórica y natural de los reinos; con geométrica arbitrariedad ha rasgado el suelo nacional en centros ó distritos, llamados departamentos ó provincias, sin historia ni recuerdos, pero fecundos en producir servidumbres, y corruptoras farsas electorales, y censos abrumadores en el tesoro público. Lo que soñaba el despotismo de un conde-duque de Olivares, de un Luis XIV ó un Felipe V, lo ha realizado el siglo presente, reduciendo la mayor parte de las naciones á provincias ó bajalatos, en donde nada se libra de la opresión del bajá ó del visir. Así, los pueblos quedaron al fin políticamente unificados; pero á la unidad política sacrificaron toda su libertad. En convulsión espantosa, por toda Europa, monarquía, antiguas córtes, fueros provinciales, sábia organización de clases, corporaciones, municipios, parlamentos, jurisdicciones, cancellerías, todo ha venido á tierra. Han desaparecido los últimos restos de libertad é independencia que conservaba el municipio, los últimos restos de libertad é independencia que guardaba la Iglesia. Han desaparecido las corporaciones y las clases como unidades esenciales de la constitucion política; han desaparecido las libertades y los fueros nacionales. Eliminado el despotismo del poder real, se ha alzado en lugar suyo un espectro de soberanía democrática; pero en medio de tanta ruina, quedó intacto, y centuplicó sus fuerzas en proporciones que espantan, un poder que se llama el poder central, monstruo hoy omnipotente, organismo acabado y perfecto de tiranía, que en sus atribuciones omnímodas todo lo abarca y todo lo puede. Por igual dispone de todos los ciudadanos; y sacrificando, sin reparo, á sus caprichos los intereses públicos y privados, ordena cuando le place el despojo en

gran escala: unas veces el despojo de las corporaciones, otras el despojo de los particulares. Individuo ó corporacion, nadie en la nacion puede respirar ó moverse sin su consentimiento y permiso. Tirano abstracto, repetimos, entidad vaga, nadie puede decir ahora dónde anda el Estado, quién lo representa. Presente en todas partes; en todas partes invisible para ejercer su tiranía; llamado por unos el gobierno, por otros el poder central ó simplemente el poder, por otros Estado ó administracion; en medio del caos social, nadie sabe á punto fijo quién es el gobierno, quién es el poder, quién es el Estado: si los dictadores, que á nombre de la voluntad del pueblo ó de la investidura de la corona usurpan y ejercen la tiranía; si el que se firma presidente, ó el César coronado en virtud de un plebiscito; si el fisco hambriento, promulgando decretos inicuos de socialismo fiscal; si la guardia pretoriana indisciplinada ó la turba sediciosa que en un motin se apoderan del poder supremo; si la cohorte de funcionarios públicos amontonados en las oficinas, ó las asambleas que se intitulan de representacion nacional, y cuyas mayorías no se componen sino de fantasmas políticos, que el ministro (para representarse á sí mismo, porque es fuerte ó prodiga favores) encuentra siempre vagando serviles alrededor de los comicios. Ese tirano innominado ha pulverizado y deshecho á la sociedad, concentrando en una oficina todos los poderes y toda la vida social, y con extraordinario rigor continúa acumulando siempre aún mayores elementos de omnipotencia. No hay asonada ni motin en la plaza pública, ni revolucion ni restauracion triunfante, que no aumente las atribuciones tiránicas de este poder central: los mismos partidos que más declaman contra esa centralización absorbente, son los que le sirven con mayor eficacia en cuanto llegan al poder.

Y al mismo tiempo que como hecho universal se constituye esta centralización absorbente, por todas las naciones también se organizan ejércitos formidables. Nunca se vió tan espantoso alarde de fuerza militar. La guerra y los elementos de fuerza y destruccion, se han convertido en la preocupacion más importante de los Estados modernos. Ahora, el objeto principal de los impuestos parece ser arbitrarse recursos para cubrir de fortalezas el territorio nacional, adquirir escuadras y armamentos, y sostener los ejércitos más numerosos que se han conocido, para procurrar en los cam-

pos de batalla la ruina de las naciones. Con ese fin, Francia é Inglaterra levantan empréstitos de sumas que la imaginacion difícilmente concibe; Prusia afronta todos los azares de las más graves crisis económicas para aumentar aún su terrible poderío militar; Austria é Italia imitan su ejemplo; hasta las naciones más humildes, aquellas que por su posición y naturaleza no debieran pensar sino en la paz, se preparan, sin embargo, para la guerra; la misma pacífica Suiza quiere congregarse hueste guerrera tan fuerte como lo permitan sus flacos recursos y escaso territorio.

Seguramente que tales aprestos de fuerza militar, combinados con la fiebre de centralización que se ha apoderado de los pueblos, no son los preparativos más adecuados para fundar un gobierno libre. La libertad fué siempre incompatible con una organización del Estado en donde resulte prepotente el elemento guerrero, y más incompatible todavía con un Estado organizado sobre la base de la centralización burocrática. Así es que, al contemplar el extraordinario aparato de omnipotencia con que se manifiestan entre nosotros estos dos enemigos de las instituciones del gobierno representativo, parece lo más juicioso presagiar que ya por espacio de largo tiempo se ha hecho imposible la libertad en Europa.

Mas cuando la fuerza se organiza así por nuestras sociedades, en proporciones tan gigantescas que las naciones se asemejan á un campamento ó á una oficina, donde todo se mueve sistemática y reglamentariamente á impulsos de una sola voluntad, al mismo tiempo en esas mismas sociedades hierven con furia las pasiones y concupiscencias de la mayor indisciplina y discordia. Los hombres se dividen en partidos y sectas innumerables, que se aborrecen de muerte; el ódio, la ira, los furores de la ambición y de la venganza, constituyen el lazo principal de los partidos políticos y la fuerza más poderosa que agita á las clases sociales, concitándolas unas contra otras. Por donde quiera amenazan tempestades sin precedente en la historia, y asoma por nuestros horizontes una revolución espantosa, en la cual habrán de hacer explosión los instintos más viles y perversos del corazón humano, produciendo desastres y cataclismos tremendos que precipiten á las naciones en una época parecida á los tiempos de desquiciamiento y barbarie que siguieron á la disolución del imperio romano. Esa es la amenaza de disolución que se cierne hoy sobre las naciones de la sociedad

européa. No es, ciertamente, una amenaza de barbarie parecida á la que puso fin al mundo antiguo; el peligro no es de que los pueblos salvajes acudan de los confines de la tierra para asolar nuestros imperios y deshacer, como conquistadores, la obra secular de las nacionalidades cristianas. Pero en cambio hay peligro inminente de que en el seno mismo de nuestras naciones se levanten hordas anárquicas, que, sin el auxilio de conquistadores extranjeros, con sólo la fuerza destructora de las teorías disolventes que proclaman, destruyan y reduzcan á polvo en breves años la civilización de cuarenta siglos, ahoguen las ciencias y las artes, arruinen el comercio y la industria, agoten los manantiales de toda prosperidad y riqueza, deshagan todas las jerarquías y supriman las instituciones tutelares de la vida social, no dejando en pie sino las artes é instituciones groseras indispensables para la vida animal y salvaje. Basta para ello que prevalezcan, por la fuerza ó por la complicidad de gobiernos funestos, algunas de las doctrinas que ahora se proclaman. Si así sucede, pronto las ciudades más florecientes y famosas de Europa, arruinadas ó incendiadas por sus propios moradores, serán monton de escombros y ruinas desiertas, y el suelo de las naciones más prósperas no albergará sino tribus parecidas á las que en la antigüedad recorrian las estepas de la Escitia y los bosques de la Germania. Constituyen, en efecto, hasta para el observador ménos entendido, amenaza inminente de barbarie los principios de la revolución, representados hoy más genuinamente, y con mayor lógica que por ningún otro partido, por esas turbas feroces, que, ya más de una vez, nos han estremecido, apareciendo á la superficie de nuestra sociedad para producir horrendas orgías, en medio de las cuales, el incendio y la matanza, la impiedad, la anarquía y el robo, se proclamaron como instituciones sociales. ¿Quién no se ha sobrecojido de terror ante esa tremenda revelación que nos muestra los abismos sobre cuyo borde se levanta la sociedad moderna, y deja ver la flaqueza de los vínculos que nos sujetan sobre el cráter de ese volcán, que, á la menor conmoción, vomita sobre la tierra legiones destructoras? Constituyen una amenaza inminente de barbarie las doctrinas niveladoras, despóticas y disolventes á un tiempo, de los demagogos, que ahora usurpan el nombre y los derechos de la democracia, pretendiendo establecer las repúblicas que llaman de-

mocráticas y sociales, y que no son sino teorías tan antidemocráticas como antisociales. Triunfe el radicalismo en sus matices diversos tal como se manifiesta entre nosotros, es decir, como una secta de energúmenos, tefófos y clerófobos, desatinados hasta el frenesí contra todo gobierno regular, porque viven convencidos, por el más extraño de los fanatismos, que ellos son los poseedores de la única receta eficaz para conseguir un buen gobierno, y de que, si no pueden hacer disfrutar al orbe de su maravillosa panacea, es porque se lo impiden las aristocracias, los reyes y los jesuitas, y demás bribones de esa especie, á quienes quisieran perseguir y exterminar como tigres y panteras; triunfen, en fin, todas esas pasiones y doctrinas subversivas que hierven en nuestro siglo y han puesto á las naciones como sobre el cráter de un volcan, y no tardará la civilizacion en emigrar de nuestro continente, buscando refugio por otras tierras. Desde el seno de alguna otra civilizacion, que hoy no conocemos, el historiador referirá entonces á la posteridad la historia de nuestra decadencia y desaparicion, como describimos hoy la del imperio romano; y arqueólogos y eruditos vendrán de playas lejanas para escarbar nuestro suelo y buscar en las entrañas de la tierra los restos de nuestros monumentos y el lugar donde se levantaron nuestras metrópolis, así como desenterramos ahora los restos de las grandezas de Ninive, Babilonia y Egipto. Podrá el vulgo creer neciamente que «hay en la moderna civilizacion europea un no sé qué de inexpugnable, de resistente y de inmortal»; igual ilusion se hicieron todas las civilizaciones: todas se creyeron inexpugnables, resistentes, inmortales; pero sobre tales ilusiones está la experiencia de la historia, que no ha cesado de probar en el curso de todos los siglos que, á pesar de las mayores grandezas en letras, ciencias y artes; á pesar del mayor esplendor de las armas y del poderío político, y del bienestar material, los imperios más civilizados y brillantes se hallan siempre tan próximos á la barbárie, como el metal más pulimentado pueda estarlo de la herrumbre.

Sobran, por consiguiente, motivos para entrever que sobre los destinos de nuestras sociedades se ha levantado la amenaza, ó de verse arrojadas en breve á la barbárie ó entregadas inermes á un despotismo brutal, engendrado por la centralizacion y la fuerza militar; y comparable sólo con aquel abyecto cesarismo romano

que, por medio de motines pretorianos ó con escandalosas subastas de la dignidad imperial, alternativamente encumbró como dominadores de la tierra á un loco y á un imbécil, á un parricida, hystion é incendiario, á un verdugo y á un gladiador, á un bárbaro feroz y á un monstruoso atleta, á un general sedicioso y á un taumaturgo asiático.

Este cesarismo se ha hecho, no sólo inminente, sino inevitable ya para la mayor parte de las naciones, donde la revolucion triunfante desata sus furores. Son de tal magnitud las tragedias que ha presenciado nuestra edad, que por donde quiera se anuncia próxima la hora en que los pueblos, consumidos por la anarquía, desengañados con terribles escarmientos de todas las ilusiones y de todas las doctrinas, se entregarán á discrecion al hombre encumbrado por la guerra ó por las sediciones dominadas en la plaza pública, y constituyéndolo dictador le encarguen de devolverles la tranquilidad y sosiego. Cualquier despotismo parecerá entonces mejor que la falta de estabilidad en el gobierno. Y hecha inevitable esta dictadura, lo que hay que desear es que el dictador ó el César sea un gran carácter y político experto; que tenga todos los instintos, la inteligencia y la energía del verdadero hombre de Estado, y pertenezca á la raza de los grandes reformadores, que en medio de otras crisis sociales supieron imponerse á su siglo y dominar todos los obstáculos, legando á la posteridad una obra grande y duradera; que sea un Carlo-Magno ó un Gregorio VII, un monarca como nuestros Reyes Católicos, un regente como Cisneros, ó un protector como Cromwell. Si el dictador sale de las filas revolucionarias, formado en los campos de batalla, ó en los bandos de los sofistas parlamentarios, en las conjuraciones ó en las escuelas de los metafísicos de los derechos individuales, como hombre de accion podrá mantener el orden durante algun tiempo y hacerse dueño absoluto de la sociedad, y arraigar más firmemente en las instituciones de la vida civil y política los principios revolucionarios. Pero puede anunciarse desde luego que resultará impotente para edificar nada estable y duradero; y su obra, como los imperios de los Napoleones, perecerá antes de una generacion arrebatado por el soplo del mismo huracan que le hizo César. No ha sido otra la historia de todas las dictaduras que se improvisaron en nuestro tiempo. Pero si el dictador es, por el contrario, un

hombre que, con la energía de carácter, tenga también el sentimiento de las necesidades sociales, y el golpe de vista y la inspiración del verdadero hombre de Estado, su obra se transmitirá á la posteridad y acabarán las convulsiones de la anarquía. Ese hombre comprenderá que no hay ahora en la sociedad más que dos fuerzas principales: la Iglesia y la revolución; y que es preciso fortalecerse con una de ellas para no sucumbir bajo el peso de la otra. Sabrá entre estas dos fuerzas escoger aquella que representa la justicia y el orden. Comprenderá que no puede darse situación más imprevisora é impotente que aquella en que suelen colocarse los gobiernos llamados conservadores, cuando con objeto de halagar las pasiones revolucionarias, que no aspiran más que á destruirlos, cercenan la acción y procuran anular la influencia de la Iglesia, que es la única fuerza que les podría dar vida y vigor para precaverse contra todo desquiciamiento. Comprenderá que mientras se admitan los principios falsos y disolventes de la omnipotencia y soberanía del pueblo, tal como ahora se entienden, es decir, como el derecho imprescriptible en los representantes de variar si quieren todos los días las leyes fundamentales de la nación, con lo cual la asociación política que constituye el Estado está, como de continuo, puesta en vilo; comprenderá, repetimos, que junto á tales falsos dogmas de la soberanía, no sólo no puede existir el gobierno representativo, sino que se convierte sin remedio en la más corruptora de las farsas: porque para no vivir en perpétua dislocación y anarquía, y pendientes siempre todas las instituciones de los imprevistos caprichos de volubles mayorías, se hace preciso establecer un modo de gobierno en que el poder, guardando las apariencias parlamentarias, emplee todos los medios de la corrupción y de la tiranía para falsear la representación nacional y representarse siempre á sí mismo. Comprenderá que es un mal que el Estado sea despótico y la acción del gobierno violenta, y que el orden social esté cimentado sólo en los funcionarios administrativos y agentes de la fuerza pública; comprenderá que el poder público así constituido es débil, y está en peligro inminente de ruina en razón de su misma violencia. Pero al mismo tiempo comprenderá también que el Estado tiene que ser despótico mientras no tenga vigor el freno religioso; que la acción del gobierno tiene que ser violenta mientras sea débil y poco respe-

tada la autoridad del padre de familia; que ha de existir una burocracia omnipotente, y jerarquía numerosa y bien disciplinada de fuerza pública, mientras no existan las naturales disciplinas sociales de la jerarquía de clases y de las costumbres públicas. Sabrá encontrar, por consiguiente, á todo mal su natural remedio; y así, al acabar su dictadura, sea monarquía ó república lo que al fin de la terrible crisis quede como forma del poder supremo en ese organismo social, por donde quiera en el suelo de esa nación se verán germinar unidos el orden y la libertad.

Una sociedad revuelta y descreída como la nuestra, que combate la propia razón de su existencia, no tiene, en efecto, otro medio de conjurar la anarquía que postrarse servil á los pies de césares y dictadores. Proclamaba Napoleón una gran verdad cuando decía con su acento brutal: «Los hombres sin Dios los he conocido; á esos hombres no se les gobierna, se les ametralla». Cuando la religión ha perdido su imperio convirtiéndose en objeto de ira ó indiferencia; cuando la autoridad, lo mismo en el hogar doméstico que en la vida pública, se discute y no se respeta, y las relaciones de clase se transforman en pasiones de ódio y concupiscencia, fatalmente ha de venir el despotismo más opresor como remedio supremo contra la anarquía y natural encargado de frenar la indisciplina social. No hay poder en la tierra que pueda ahora librar á nuestras sociedades de tiranía semejante, á no ser la Iglesia. Únicamente ella, que sabe santificar la obediencia y poner las pasiones del hombre en oposición con los mandatos de la conciencia, y presentando á la humanidad destinos más altos que los de esta vida transitoria, imponer á todos, grandes y pequeños, á nombre de Dios, derechos y deberes, que para alcanzar lo que individualmente interesa más á cada hombre, es decir, la salvación eterna, tienen todos que cumplir con responsabilidades tanto mayores cuanto mayor es su jerarquía; únicamente la Iglesia, repetimos, es capaz de librarlos de la tiranía del Estado, sustituyéndola con una sanción moral que, dentro de cada conciencia, ampara el derecho de los demás.

Ha habido siempre males en la tierra, y siempre los habrá: está escrito que mientras el hombre viviere tenga su carne dolor, y su alma esté triste y lllore, y el breve tiempo de su existencia esté relleno de miserias. La religión, aunque en apariencia sólo tiene

por mision llenar el inmenso espacio que separa el cielo y la tierra, es tambien la principalmente encargada de traer alivio á los males de este mundo; ella es la única institucion que con alguna eficacia puede mitigar las amarguras y tribulaciones del hombre en la tierra. Pero entre todas las religiones, ninguna como el cristianismo para mitigar los males de la condicion humana¹. Lo que el mundo pagano resolvía con el infanticidio y la esclavitud, el cristianismo, desde su aparicion, lo resolvió con la resignacion y la caridad. Enseñó al amo la justicia, al esclavo la libertad, la caridad al rico, al pobre el sacrificio. Lo que el mundo antiguo resolvía con la omnipotencia del poder público, con la doctrina del dios-Estado, que ha vuelto á hacerse novísima, el cristianismo lo resolvió con el Estado, encargado nada más que del cumplimiento de nuestros derechos, y velar por que se respeten. Pero únicamente dentro del cristianismo cabe una soberanía política así limitada y constituida; porque, en efecto, sólo con una religion como la nuestra, que impone á cada una de nuestras conciencias la ley que por sí misma ampara el derecho de los demás; sólo con una religion que, dentro del alma misma de cada hombre, invocando los destinos supremos de la otra vida, pone á salvo el derecho de los demás individuos, puede la sociedad humana prescindir de la accion omnímoda y tiránica del Estado, y vivir con un poder público dotado de estrechas atribuciones. Si, por el contrario, cundiendo la incredulidad en los ánimos, desaparece esta defensa que la religion imponía en cada uno de nosotros, fuerza es que el Estado se encargue de ella, y se haga avasallador, revistiéndose las atribuciones de tiranía que la necesidad social impone.

Así, la Iglesia, con sólo cuidar de su mision principal y hablar á los hombres de la patria celeste y de los medios de alcanzarla, arraigó tambien en el suelo europeo instituciones benéficas é ideales de gobierno llenos de la inspiracion cristiana: arrancó el despotismo del cetro de los césares; desterró la esclavitud de la vida de los pueblos; devolvió á la ley la justicia, al hombre su dignidad, y al cabo de esfuerzos seculares produjo al fin la obra admirable que se llama la cristiandad. «Los obispos han construido

1. «Admirable prodigio! dice Montesquieu. La religion cristiana, que no parece tener otro objeto que nuestra felicidad en la otra vida, es tambien para nosotros nuestra ventura en este mundo.» *Esprit des lois*, l. XXIV, c. II.

pieza por pieza el reino de Francia, como las abejas construyen su panal», dice Gibbon. ¿Y por qué el historiador no habia de decir tambien otro tanto de los demás pueblos de Europa? La Iglesia, en efecto, ha formado pieza por pieza á todas las naciones de la sociedad europea. Como las abejas construyen su panal, la Iglesia, ella sola, de por sí, ha edificado esas soberbias construcciones de justicia y libertad que se llaman las repúblicas cristianas. Por obra de la Iglesia, el Evangelio se ha convertido en la constitucion interna de las sociedades europeas; la Iglesia ha conseguido ya que los dogmas del cristianismo sean el cimiento primero de los Estados, el principio fundamental de las leyes civiles y políticas. Y los grandes destinos de la humanidad, los intereses supremos de los pueblos, los más altos deberes de la política, están para en adelante irrevocablemente ligados al mantenimiento de la obra cristiana. Si la filosofía, la ciencia, los cálculos menguados de la razon de Estado se hacen impíos, como quiera que se llamen, sea cual sea la forma que revistan para impugnar al dogma cristiano, los pueblos se commueven hasta en sus cimientos, la sociedad entera languidece y se siente á punto de perecer. Un esfuerzo anticristiano representa en la Europa actual un esfuerzo hácia la barbárie. De aquí no más proviene la tremenda gravedad de la crisis moral en el siglo décimonono. Se quiere que Europa deje de ser cristiana; pero Europa no puede dejar de ser cristiana sino haciéndose bárbara. Por eso, en medio de ésta nuestra civilizacion, en la esfera de la cultura material tan brillante, sentimos entreabierto el abismo de la barbárie. Sobre la boca de este abismo se está resolviendo el temeroso problema; y el cristianismo y la revolucion se disputan los destinos de Europa.

revertencia. Desde los años de la restauración de la monarquía en España, el espíritu de la restauración se ha extendido por todo el mundo. En el siglo XIX, la restauración se ha extendido por todo el mundo. En el siglo XIX, la restauración se ha extendido por todo el mundo. En el siglo XIX, la restauración se ha extendido por todo el mundo.

ESPERANZAS

En medio de tan oscuros horizontes brilla, sin embargo, una esperanza. Si la crisis de nuestra edad es una de las más graves que ha tenido que padecer la Iglesia, en cambio la resurrección católica del siglo XIX, tal como empieza á manifestarse entre nosotros, promete ser una de las páginas más brillantes de la historia del cristianismo. Pronto hará medio siglo que el ilustre protestante Macaulay terminaba su memorable juicio crítico de la *Historia del Pontificado*, presagiando en nuestra época una reacción católica, parecida á la del siglo XVI. «Esperemos, decía, que en los tiempos venideros algun historiador, tan hábil é imparcial como Ranke, habrá de narrar la resurrección católica del siglo XIX.» Aún no ha bajado al sepulcro toda la generación que fué contemporánea del insigne crítico é historiador, cuando empezamos ya á ver el cumplimiento de su presagio. Después de los desquiciamientos revolucionarios, la religión, en efecto, vuelve á reaparecer entre los hombres rodeada de toda la fuerza y esplendor de una tradición antigua, y de todo el encanto de una cosa nueva. Es una doctrina y una institución, á la cual vuelven las sociedades por el camino de la ciencia y de la experiencia; después de haber corrido los mayores peligros por intentar abandonarla. Á ella se acogen con tanto mayor fervor, cuanto más terrible fué la prueba de que sin ella no pueden vivir. La Iglesia, que al principiar el siglo parecía tan desquiciada y en ruinas que se necesitaba la fé de un creyente á toda prueba para fundar en ella alguna esperanza, se nos muestra ahora más vigorosa y enérgica que nunca. Jamás el catolicismo descubrió mayor vigor y unidad, lo mismo en su apostolado entre salvajes, que en sus luchas contra las rebeliones de la impiedad entre las sociedades cristianas. En ninguna edad la santa sede ha recibido mayores testimonios de fidelidad y cariño por

parte de los verdaderos fieles, que los que recibe en nuestro tiempo. Motivos tenía ya en 1871 el excelso Pío IX, no obstante el despojo reciente, para exclamar con júbilo, después de haber observado este movimiento católico desde las alturas de la cátedra apostólica: «Representan, sí, un triunfo para la Iglesia todos estos testimonios de afecto que continuamente recibe la santa sede; representa un gran triunfo para la Iglesia este espíritu de oración que se manifiesta en Roma y en el orbe católico. No existe playa tan desierta, ni ribera tan lejana, en que no se eleven al Señor votos y plegarias ardientes por nuestra libertad. Vosotros direis que aún ha de venir el verdadero triunfo final; pero yo añado que este triunfo tampoco puede ya hacerse esperar. Si no este vicario de Cristo, uno de sus sucesores verá ésta nuestra ciudad en su primitivo estado, y tranquila y floreciente como no hace mucho; verá á la santa sede reintegrada en sus derechos, y desde aquella famosa galería del frontispicio de San Pedro dará de nuevo su bendición á la ciudad y al orbe cristiano».

En Alemania, el cesarismo ha hecho estallar de pronto horrible tormenta en contra de la Iglesia. Prelados, sacerdotes y fieles se vieron perseguidos con saña parecida á la que empleaban los emperadores romanos para acabar con la que llamaban secta de los galileos. Los pastores, separados violentamente de sus rebaños, fueron reducidos á prisión, condenados á destierro, despojados de sus bienes y temporalidades, considerados como reos de alta traición si se atrevían á desempeñar sus funciones espirituales, juzgados y condenados, en fin, inicua y cruelmente por los magistrados y tribunales civiles del paganismo moderno. Pero, ¿cuál ha sido el resultado de tan cruel persecución? En cuanto el poder temporal empezó sus violencias, el fervor religioso y la adhesión de los fieles á la santa sede se manifestaron allí con incontrastable energía, que llenó de asombro á las naciones. No sólo el cesarismo ha resultado impotente contra la Iglesia, sino que, sacudiendo fuertemente los ánimos con la persecución, fortaleció la fé en los corazones, sacándolos del estado de inercia ó indiferencia religiosa en que se hallaban, y aumentó el místico rebaño con conversiones admirables, que quizás hubiera intentado en balde la

simple predicacion del misionero. Ante semejante explosion de fé y piedad cristiana, el pontífice, al recibir en el Vaticano á los peregrinos alemanes, les pudo decir, señalando con la mano en el horizonte al nuevo imperio germánico: «Oí decir á virtuosos y buenos católicos que era preciso que alguien viniera á reanimar á los pueblos, demasiado entregados á la inercia. Pues bien: Dios se ha levantado y ha enviado un azote, como lo hizo siglos atrás. Entonces hizo aparecer un Atila que despertara á los pueblos; y hoy tambien, por medio de otro nuevo Atila, ha venido á reanimar á la generosa nacion germánica. Este nuevo Atila, que queria destruir, ha edificado. Este nuevo Atila, que queria anonadar por todos los medios sobre la faz de la tierra á la religion de Cristo, ha dado nuevo vigor á vuestra fé»¹.

En Francia la Iglesia no ha cesado de recobrar el perdido dominio y multiplicar fundaciones piadosas en medio de los tremendos sacudimientos revolucionarios que allí periódicamente se desatan desde hace un siglo. Al día siguiente de una catástrofe nacional, como ofrecen pocos ejemplos cuarenta siglos de historia, al terminar una orgía inmunda, sin precedente quizás entre los humanos, hemos visto surgir allí al catolicismo con brío y esplendor comparables sólo con el de la iglesia de Francia en los tiempos de Carlo-Magno y San Luis. Como por ensalmo, el sentimiento católico ha levantado de improviso en aquella tierra universidades y centros de enseñanza, que desde el primer año fueron más concurridos que los cursos privilegiados de la enseñanza oficial. Asombra el número, prosperidad y pujanza que ahora tienen sobre aquel suelo las fundaciones cristianas de toda clase: Las fúrias del radicalismo, como en Alemania las persecuciones de los césares, no consiguen sino aumentar el número y el fervor de los fieles.

Igual movimiento católico se hace sentir por el resto del orbe. Uno de los primeros actos del pontificado de Leon XIII, que se anuncia no ménos insigne que el de su augusto predecesor, fué poner en estudio el establecimiento de nuevos obispados en los Estados-Unidos de Norte-América en vista de los progresos del catolicismo en aquella región, y tratar de instituir allí una nueva

¹ Pío IX á los peregrinos alemanes en Mayo de 1877.

jerarquía eclesiástica por reclamarlo ya las necesidades de la Iglesia, que en el espacio de pocos años ha decuplicado el número de los fieles. Si se estudia, en fin, por todas las regiones de la tierra la resurreccion católica, tal como ha empezado á manifestarse en las dos últimas décadas, se verá que nunca la Iglesia apareció más inexpugnable ni más llena de elementos de triunfo para lo venidero.

En el siglo pasado estalló frenética la impiedad contra el dogma cristiano; chistes más obscenos, blasfemias más atroces, sarcasmos más satánicos contra la religion, no los oyeron jamás los nacidos. La impiedad se encaramó sobre el teatro del mundo, y literatos juglares, filósofos bufones, presentaron al público, con grotescos disfraces, las cosas más santas. Nunca se manejó el chiste con mayor maestría ni con más éxito; nunca se exhibió con más audaz cinismo la truhanería sacrilega. Al ver á los pontífices y sacerdotes presentados como histriones y verdugos, y como gente la más baja y ruin comedora de los pueblos, y al santuario como antro de crímenes y supercherías y foco de ignorancia, y á las vírgenes del Señor como meretrices; al ver ultrajada la familia en los misterios más augustos del hogar, y manchada la dignidad del padre, de la esposa y de la madre con la baba de los vicios más inmundos, la sociedad, en vez de indignarse y llorar, aplaudió con estólido regocijo la impía bufonada. Todas las clases sociales, las mismas mujeres, que en este asunto de religion ó impiedad desempeñan principal papel para el bien como para el mal, se pusieron del lado de los blasfemos y convirtieron en sus ídolos á los grotescos bufones. En un paroxismo de alegría, entre estrepitosas carcajadas, toda aquella sociedad se entregó á las convulsiones de risa sardónica, cuyos alaridos resonaban todavía como ecos infernales, cuando sobre la guillotina y en la convencion, en las prisiones y en los templos, én las plazuelas y en los campos de batalla, representaba el terror su espantosa tragedia de saturnales y matanzas. El principal adalid de aquella bacanal sacrilega, alzado como ídolo en medio de la sociedad, ejerció sobre su siglo una tiranía moral, sin ejemplo entre los hombres. No habia nombre que en Europa se pronunciara con más entusiasmo que el suyo. Los reyes buscaban como insigne fortuna el tenerle por huésped; las muchedumbres aristocráticas y populares se honraban con llevarle